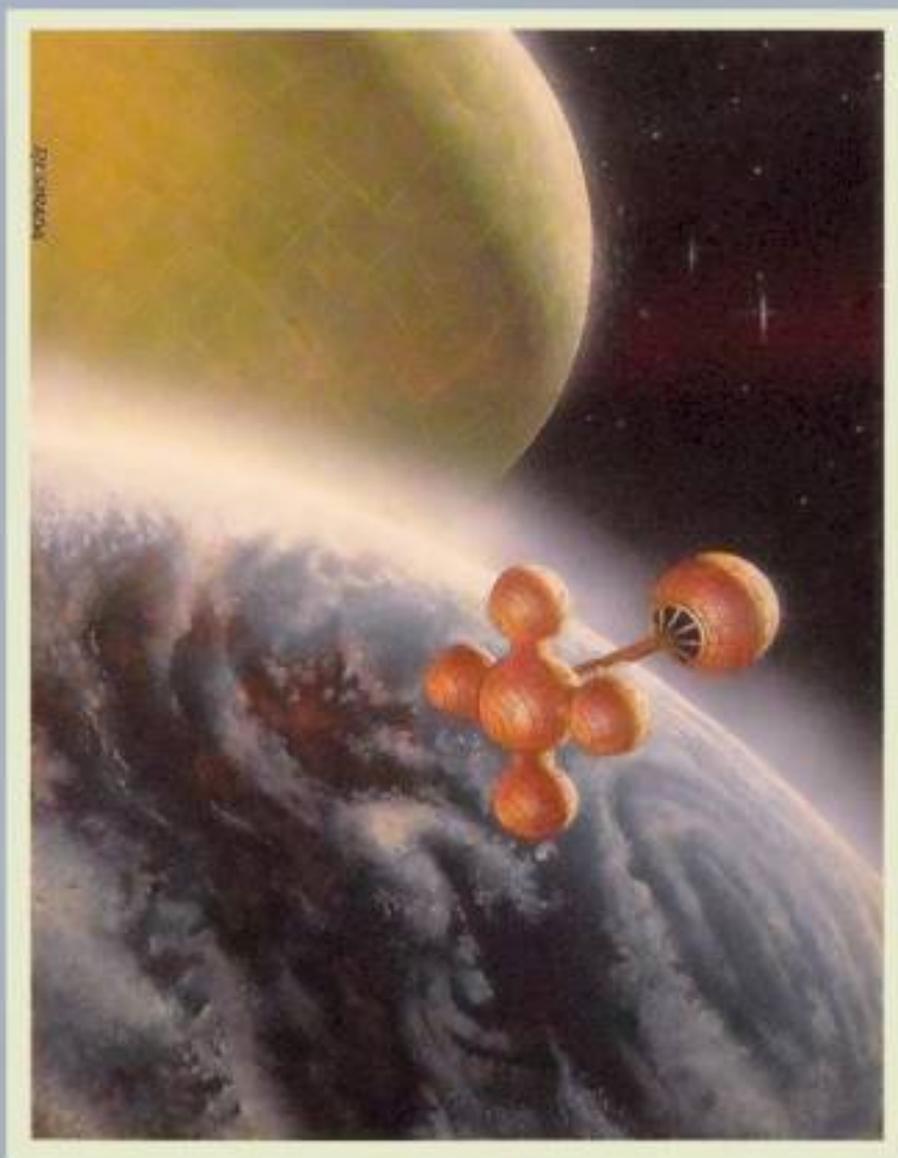


Gabriel Bermúdez Castillo
INSTANTES
ESTELARES



Este libro es una recopilación de novelas cortas, escritas entre los años 1991 y 1992, en las que siguen presentándose las constantes vitales del autor: el suspense, lo inesperado, la sensualidad y la intensidad descriptiva.

«Duerme, querido monstruo», recoge realmente un problema personal, el de un hombre bueno, amable y casi indefenso que guarda dentro de sí un secreto que roza lo terrible.

En «Un mundo dura mil años» se plantea el problema del éxodo masivo de un mundo a otro; en «Mundo sin dioses», la generosa transformación de una civilización sumida en las tinieblas de la edad salvaje a una forma de vida culta, progresista y civilizada, y ello por obra de personas capaces de sacrificar su salud e incluso su vida por conseguirlo.

Presentación

El mercado editorial español, como en el resto de los países, se ha ido decantando, desde hace aproximadamente una década, hacia novelas cada vez más largas que, incluso, han formado toda suerte de series. Si los relatos, con excepción de algunas antologías muy específicas, tienen todavía alguna salida a través de las diversas revistas existentes, las novelas cortas han perdido, de forma inexorable, cuota de mercado. Este estado de cosas es realmente una pena, pues hay que entender que algunas buenas ideas necesitan algo más que veinte o treinta páginas para ser desarrolladas, pero bastantes menos de las que estamos acostumbrados a ver en la actualidad en los gruesos libros que se editan. Con esto quiero decir que se ha abandonado una longitud de narración, que gozó, en su momento, de una gran popularidad entre los aficionados, y que tiene una serie de ventajas sobre sus hermanas mayores y menores.

Para ser justos, hay que indicar que muchas novelas largas surgieron en su momento de esos relatos largos o novelas cortas (según la etiqueta que cada uno prefiera utilizar) y, como dato, se puede apuntar algunas obras tan emblemáticas como *Fundación* de Isaac Asimov, *Dune* de Frank Herbert y más modernas, pero también famosas, como *La casa del canto* de Orson Scott Card.

Lo curioso es que, en general, la novela corta de la que parten suele ser, casi siempre, mejor que la nueva novela desarrollada.

Por eso la edición de esta recopilación de novelas cortas de Gabriel Bermúdez Castillo supone pues, no solo un hito importante al romper una mala racha en este aspecto, sino que a la

vez permite leer la más reciente obra de uno de los mejores autores españoles del género.

La aparición de Bermúdez en el cosmos de la Ciencia Ficción ocurre casi por casualidad a principios de los años setenta, y su carrera contiene una singularidad que le hace diferente a los demás autores hispanos. Frente a los enormes problemas de cualquier escritor en ciernes, cuando el autor intenta publicar sus primeras obras en el campo de la Ciencia Ficción, tras unos primeros escauceos en la corriente del *mainstream* (corriente principal de la literatura de ficción), rápidamente encuentra, cosa muy rara, editor dispuesto a publicarla. Tras este primer éxito, sus siguientes obras siguen ese mismo camino, que algunos calificarían de fácil. La respuesta a esa extraña facilidad con que Bermúdez se encuentra en el momento de encontrar editorial, es el alto nivel de sus obras, muy por encima de la media que en aquel momento imperaba. Esta misma falta de resistencia hace, por desgracia, que a finales de la década de los ochenta, cuando Bermúdez Castillo encuentra las primeras dificultades para publicar debido, sobre todo, a la contracción del mercado editorial que en aquel momento se sufría y a que de su pluma salen las obras de imaginación más desbocada, la segunda parte de *Golconda* (aún sin publicar) y *El hombre estrella* (Ultra-mar), este decida hacer un alto momentáneo en su carrera para dedicarse a otras pasiones.

El mundo Hókun, en 1971, es su primera incursión en la Ciencia Ficción, género que, a partir de ese momento, ya nunca más ha abandonado, y esa primera antología de relatos hacía presagiar el excelente futuro que le aguardaba. Sin proponérselo, o quizá sí, el autor vertió en aquellos cinco relatos, dos de los cuales eran verdaderas novelas cortas, el que daba título a la antología y «Amor en una isla verde» (ganador de un premio en la Convención Europea celebrada aquel año en Trieste), las claves de toda su producción posterior. «Amor...» es el primero que sitúa la acción en un planeta con recursos agotados, viviendo en un maremágnum de porquería y con un aire casi irrespirable. «1944» es un precedente de *El señor de la rueda*, «El pulpo» lo es de *La piel del infinito...* Por ello no solo cabe destacar la importancia en sí misma, por la solidez de su estilo, sino también

como estudio precursor de sus particulares universos. En la actualidad Gabriel Bermúdez es uno de los pocos autores de aquella generación que se mantienen en activo, y uno de los más conocidos escritores hispanos de Ciencia Ficción que ha suscitado más interés en las revistas del género, dónde se han dedicado, incluso, números monográficos a su obra. Todo ello ha contribuido a que la figura de Bermúdez sea, en estos momentos, una de las más apreciadas en la Literatura Fantástica Española Contemporánea.

¿Cuáles son los secretos que mantienen a Bermúdez en el primer plano de la actualidad? ¿En que se fundamenta en definitiva su éxito? Varios son los pilares que lo sostienen: Su facilidad para escribir, su estilo, sus ideas y finalmente su particular idiosincrasia, su carácter, esas maneras tan singulares, ese sabor hispano que sabe imprimir a todas sus narraciones que lo ha convertido en un genuino representante de la Ciencia Ficción hecha en España.

Gabriel Bermúdez Castillo y Ángel Torres Quesada (que acaba de publicar en esta misma colección de Futurópolis su nueva novela *Wyharga*), son los únicos dos escritores españoles de Ciencia Ficción que comparten una extraña virtud, los dos escriben con pasmosa facilidad, son los dos únicos capaces de sentarse a escribir por la simple pasión de escribir, disfrutar con ello y hacerlo sin más pausas que las naturales, con un cerebro bullendo ideas sin parar y unos dedos transcribiéndolas. Gabriel me confesó en su momento que para él, sentarse a escribir, suponía siempre un enorme placer, nunca un trabajo, y que cuando empieza una nueva novela, no puede parar, se siente absorbido completamente por ella. Prácticamente se aísla de cualquier otro quehacer.

El segundo pilar es uno de los fundamentales: Bermúdez posee un estilo ágil, potente, directo y sobre todo muy flexible. Tras una engañosa sencillez se oculta el arduo trabajo de una estructura muy eficaz, un saber encajar las piezas en su lugar adecuado, capaz de captar la atención del lector desde el primer párrafo, atraparlo en sus finas redes y no soltarlo hasta la última palabra de la narración. Especialmente brillante es su habilidad

para las descripciones y los momentos de acción. Sus ambientaciones, descritas con pinceladas de grueso trazo, se tornan vívidas y reales, pero sin ahogar, dejando siempre al lector su propia libertad en la evocación. Algo que pocos escritores saben hacer. Sus personajes nunca son seres estáticos y su flexibilidad se muestra en la cantidad de registros que Bermúdez puede asumir dependiendo del carácter de cada personaje y novela. Ese estilo ha hecho que algunos de sus relatos y novelas sean considerados en la actualidad como verdaderos clásicos de la CF hispana, así los cuentos «La última lección sobre Cisneros» (1978), donde la censura toma carta de naturaleza en el marco de una España sumergida irreparablemente en el ocaso final de los recursos planetarios; y sobre todo «Cuestión de oportunidades» (1982), una delirante crítica a nuestras más bajas pasiones y las novelas *Viaje a un planeta Wu Wei* (1976) el destierro de Sergio Armstrong de la *civilización al mundo salvaje*, en realidad un viaje iniciático, y *El señor de la rueda* (1986), en dónde se nos cuentan los lances de Sir Pertinax, en una sociedad pseudomedieval, escrita con un especialísimo sentido del humor que la hacen especialmente memorable, han merecido toda suerte de elogios, y ser consideradas como de la mejor producción española de todos los tiempos.

Si el estilo es importante, cuando se habla de Ciencia Ficción las ideas adquieren una importancia capital, y en el caso de Gabriel son el otro gran puntal de su producción: pocos como él tienen la capacidad de inventar toda suerte de artilugios, situaciones, mundos y personajes tan vívidos y consistentes. Sus novelas son todo un compendio inagotable de maravillas, algunas tan delirantes y gozosas que deberían ser, pienso, ideas a rescatar tanto por el mismo autor como para ser utilizadas por otros escritores. Ya he dicho antes que *El mundo Hókun* apunta ya las principales pautas de toda su obra posterior. Bermúdez es un hombre marcado por la historia que le tocó vivir: la posguerra española y los problemas que nuestra propia civilización nos crea. El mismo confiesa en su artículo «Por qué hago estas cosas» (*Pórtico* n.º 4, Marzo 1993): «La CF me permite estudiar problemas humanos que no se dan en el mundo actual, o que no se han dado en el pasado». Bajo la perspectiva de los sinsabores de una época, la posguerra, marcada por la escasez, la opulencia de las clases

dirigentes y la falta de libertades, entremezclada con la actual y acuciante necesidad de no agotar los recursos naturales, cada día más limitados, y preocupado por una obsesiva falta de comunicación, Bermúdez construye sus particulares mundos y nos sumerge en extrapolaciones satíricas como bien comenta Pedro Jorge Romero en su artículo «Los rigores de la sátira. El distanciamiento como elemento estructural» en *Salud Mortal* de Gabriel Bermúdez Castillo (*BEM* n.º 32 Mayo 1993): «Los elementos satíricos cumplen la doble función de comentar la sociedad descrita (y por extensión la nuestra, además de un cierto período de nuestra historia reciente) y de producir un distanciamiento intelectual en el lector por otro lado». El autor opta, en general en toda su obra, por involucrar de forma voluntaria al lector e incluso en la más clásica *Space Opera* (temática de aventuras interestelares) incluye elementos de reflexión, que hacen que este tome parte activa en la narración tomando sus propias decisiones respecto de los personajes; de nuevo en el artículo «Los rigores de la sátira...»: «Toma tus propias decisiones, parece estar diciendo el autor y ese parece ser el mensaje final, porque toda sátira también es, en el fondo, una fábula moral». Está claro que Bermúdez busca algo más que la simple distracción del lector. En general todas sus novelas suelen estar escritas en dos niveles o planos narrativos diferenciados (aunque eso es bastante usual en muchos escritores), citando de nuevo «Los rigores de la sátira...»: «Cuando ambas líneas se juntan se obliga al lector a reinterpretar lo contado hasta ese momento». Un aspecto muy interesante a destacar es su afición a cuestionar al héroe de la novela, dejarlo convertido en un antihéroe, en un personaje sujeto a las mismas presiones y problemas que cualquier mortal, no cayendo en el error del personaje omnipotente y por ende aburrido. Con todas esas dificultades, cabe alabar en Bermúdez su sentido de la honestidad al cumplir a la perfección con el primer precepto, el de distraer al lector, pero sin renunciar en la búsqueda de sus propias metas y hacer partícipe al lector de sus preocupaciones: La falta de Libertad, la falta de comunicación y la vorágine de un consumismo desmesurado. Bermúdez no desprecia la tecnología sino la mala aplicación de la misma. Así los viajes por el tiempo, utilizados una y otra vez, y en general toda la tecnología que le sirve de excusa son en realidad la fórmula para saltar desde la peda-

gogía retratada por Jean Jacques Rousseau en *Emilio (Emile ou De l'éducation, 1762)* al sentido más escatológico de nuestra civilización. Lo remarcable es su originalidad, su Ciencia Ficción que, sin dejar de ser interesante y clásica, se aleja por completo de la que se hace principalmente en los Estados Unidos. Las ideas que maneja, los inventos, las máquinas están puestas al servicio de una historia humana y no al revés, y usa sus experiencias en múltiples campos, la navegación, el particular mundo de los radioaficionados, su amor por toda clase de máquinas (tiene una vieja imprenta en casa aún en buen estado y funcionando), para sacar grandes y locas ideas y llenar de verosimilitud el gran drama humano que es la vida.

El último gran pilar, en el que se basa la gran aceptación de su producción por una amplia mayoría de lectores aficionados al género, es su idiosincrasia. Bermúdez es un hombre de múltiples e intensas pasiones, siempre ha buscado el contacto directo con el lector y puede o no estar de acuerdo con sus opiniones, pero deja hablar y examina con lupa todos los comentarios que se le hacen, mucho más que la gran mayoría de autores (de cualquier género o país). Es también, por cultura y educación, un narrador sin complejos, de múltiples registros, creativo, locuaz, ingenioso y capaz de dotar a sus personajes de vida propia. Estos no solo hablan y piensan, sino que realmente viven, comen, duermen, van al lavabo y sobre todo evolucionan a través de las experiencias y pasiones. Temas considerados escabrosos o tabúes por una gran parte de los autores: sexo (incluso la homosexualidad), religión, machismo, son manejados por el escritor con una soltura insólita en estos pagos, y a esto hay que sumar otra gran pasión de Gabriel, el mezclarlo todo con un humor socarrón, a veces tan soterrado que solo se tienen ligeros atisbos, un buscar una vuelta más de tuerca a situaciones, ya a priori, insólitas. Atípico es también la importancia de las mujeres en sus obras. Ellas tienen reservados papeles importantes, a veces, según me ha confesado el propio autor, es capaz de enamorarse de algún personaje en tal o cual novela de forma *extrañamente* especial. No son meros comparsas. Aquella típica e insulsa amante/mujer/novia se desvanece mágicamente en sus manos para regresar con personajes de gran fuerza y carácter.

Gabriel Bermúdez nació en Valencia pero ha residido en diversos puntos de la geografía hispana y siempre ha gustado de incorporar en sus novelas el *paisaje* autóctono. Si lo unimos a su amor por la historia y a su afán por documentar sus novelas de forma rigurosa, encontraremos los últimos espejos en dónde mirar un poco más allá de las dos dimensiones de las páginas de sus novelas.

Instantes estelares reúne tres historias bastante dispares y a la vez con un objetivo común. Son las obras de más reciente producción de Bermúdez Castillo y fueron escritas con anterioridad a *Salud Mortal*, su última novela publicada en el número 34 de esta misma colección y señalan el reinicio de la carrera del autor. Las tres fueron presentadas a diversos premios hispanos, con suerte diversa, y en ellas de nuevo surgen sus temas preferidos. Las tres tienen que ver con las características que marcan toda su obra, pero se van alejando de los esquemas más queridos, siendo el último el más lejano en todos los aspectos, una progresión hasta cierto punto lógica, ya que Bermúdez es un autor en constante evolución, que no se cansa nunca de explorar el alma humana.

El título, *Instantes estelares*, hace referencia a tres momentos álgidos para los que son parte de la acción, dos a nivel planetario y otro a nivel personal. En los tres casos esos instantes son solo eso frente al conjunto del universo, que sigue pausado su propio e inmutable devenir, y sin embargo son importantes para aquellos que sufren el *cambio*, en definitiva los personajes. ¿Qué importancia tienen los problemas de un individuo frente a los problemas de una marea humana? ¿Qué importancia tiene un planeta más o menos en la galaxia? ¿En el conjunto del Universo? Todo se reduce a la nada y a la vez a un todo, pues cada *instante* reúne en sí mismo lo mejor y lo peor de la especie inteligente que puebla nuestro planeta.

Por orden cronológico el primero en ser escrito es «Duerme querido monstruo», presentado al Premio UPC de 1991 y cuyos antecedentes pueden encontrarse en los ya mencionados «Amor en una isla verde» aparecido en la antología *El mundo Hókun*, y «La última lección sobre Cisneros», en donde se nos

presenta un mundo, el nuestro, devastado por un consumismo salvaje que ha agotado a nuestro planeta, convirtiéndolo en un inmenso vertedero. Una tecnología, el viaje por el tiempo, que apenas sirve para que vayamos maltrechamente sobreviviendo, justo en la frontera de lo más exquisitamente infrahumano, y un héroe, o mejor dicho un antihéroe, Iván Martínez, que se deja arrastrar por una corriente demasiado poderosa como para oponer la más mínima resistencia y que, sin embargo, posee la capacidad de adaptación en los diversos lugares por los que se mueve. Con todos esos elementos Bermúdez construye, aquí de forma muy clara, dos líneas, dos mundos opuestos, un presente espeluznante (mundo antinatural) frente al paraíso terrenal (perdido y puro), la inocencia frente a lo retorcido, la libertad frente al totalitarismo... en definitiva dos caras de la misma persona: Mr. Hyde y Mr. Jekyll. Y no piensen que el tema queda agotado aquí; personalmente aún he podido leer más historias de este autor ambientadas en el mismo mundo, algunas no han sido publicadas y puedo afirmar que queda todavía mucho por decir sobre el particular. La sátira aquí construida persigue la crítica devastadora a una de las vacas sagradas de nuestra actual civilización: «LA CIENCIA», con letras mayúsculas, y sus sacerdotes, aún más omnipotentes y omnívoros que sus diversos predecesores en cualquiera de las múltiples religiones que se han encargado de violar sistemáticamente el alma humana. Si «Amor en una isla verde» hacía más hincapié en nuestra propia desidia por cambiar las cosas y «La última lección sobre Cisneros» era un deseo de sacarse el polvo totalitario del nacionalcatolicismo franquista, aquí el tiempo transcurrido desde el primer relato le permite hacer una incursión en otro de los poderes que se ha ido constituyendo en otro monstruo devorador de verdades y de recursos. Y como siempre, contado con su particular estilo, una construcción elaborada y una sugerente puesta en escena. También aquí las mujeres tienen papeles propios, y cabe observar cierta antítesis entre dos personajes femeninos, que se relacionan de forma especial con el principal protagonista. «Duerme...» presenta también la particular sensación de servir de puente entre los primeros desarrollos de sus ideas plasmados en las anteriormente citadas obras y *Salud Mortal*, pues en esta última, aún sin tener puntos de contacto reales, aparecen mucho más definidos algunas ideas que Bermúdez toca de re-

filón en «Duerme...». La España que nos presenta es un lugar lúgubre, triste, quizá no tan desquiciado pero sí tan falto de libertades como en todas sus anteriores obras, así como también las alusiones al Consejo Médico, que ya en *Salud Mortal* toman un absoluto protagonismo, que si en «Duerme...» trata de científicos, en *Salud Mortal* trataba de médicos. En cualquier caso la novela corta ofrece varias posibilidades de lectura, dependiendo incluso del estado de ánimo del lector.

En «Un mundo dura mil años» el escritor sigue ahondando en sus propias fuentes, y a la vez se aparta completamente de la estructura de «Duerme...». Fue presentado al Premio Alberto Magno de Ciencia Ficción y es la más corta de las tres narraciones que componen este volumen (para adaptarse a las premisas de dicho Premio). La idea base es la misma que ya utilizara el autor en otras obras: El agotamiento de todos los recursos energéticos de un planeta que obliga a sus habitantes a comportarse, cada diez siglos aproximadamente, como nómadas espaciales y nuevos conquistadores. Es especialmente brillante la descripción de los momentos finales del planeta, cual si de un ente vivo se tratara, logrando Bermúdez transmitir un cúmulo tal de sensaciones que, a buen seguro, el lector no podrá sustraerse a ellas. El escritor, muy interesado en la historia, bebe en las fuentes de nuestra propia colonización americana (que es también el fundamento de otra novela, aún inédita, del autor), y subliminalmente se mete en otro de sus temas preferidos, la falta de comunicación, anteriormente tratada en *Golconda* y en *La piel del infinito*. Gabriel Bermúdez logra aquí unas enormes cotas de lirismo siempre aderezado con esa carga satírica que imprime en todas sus obras, y un humor socarrón que, al final, hace que tengamos que volver a examinar toda la narración bajo un nuevo prisma a la luz de los acontecimientos que se suceden. Vale la pena seguir las emociones del personaje central, Cristian Gillespie, y sobre todo sus motivaciones, con cierto detalle.

La tercera narración, el último *instante estelar*, fue presentada al Premio UPC del año 92 y tiene un título, «Mundo sin dioses» que recuerda al de la novela corta de Rafael Marín Trechera (el celebrado autor de *La Leyenda del Navegante*, una de las

mejores novelas de fantasía española de todos los tiempos, aparecida también en esta misma colección) *Mundo de Dioses*, que fue ganadora del Premio UPC del año 1991, empatando con *El Círculo de Piedra*, del también gaditano Ángel Torres Quesada.

«Mundo sin dioses» de Gabriel Bermúdez hace referencia a lo más descarnado de la realidad: Los dioses no existen... en sus particulares mundos. Aquí, el autor, aparentemente, abandona completamente sus ideas más queridas y se lanza en lo que uno sospecha como una Space Opera bastante clásica; creo que, a estas alturas, no descubro nada si digo que el autor valenciano mueve las teclas para ir, como siempre, un poco más allá; en conseguir una narración ágil, divertida, en algunos momentos emotiva y a la vez aprovechar la ocasión para, de forma descarnada, a veces cruel, hacemos una reflexión sobre la civilización y la cultura, sus defectos y sus virtudes. Aquí nos encontramos con un mundo sin tecnología de ninguna clase, apenas salido de la barbarie más brutal, un pequeño reino de Taifas, enfrentado a civilizarse de forma *forzosa* por su propio bien, según la particular *verdad* de los Hermanos Misioneros, sus *salvadores*. Si los personajes de los Hermanos pertenecientes al Consejo General de las Misiones, Arnald y Elaine, son atractivos, Carbón, el tercer personaje, les hace de delicioso contrapunto y en la última página, Bermúdez nos dará, sin haber ocultado nada al lector, su propia versión del alma humana en boca de ese mismo personaje que se va agigantando a través de las páginas. Si en muchas ocasiones, Bermúdez deja el final abierto a interpretaciones, en este, la elección está completamente de acuerdo con las concepciones del autor. Haber escogido otro habría sido una pequeña traición a las ideas que narración a narración, novela a novela, ha ido desgranando. Particularmente interesante encuentro la enorme versatilidad de Bermúdez para adaptar su prosa a las necesidades de cada novela en particular. El lenguaje utilizado, sobre todo al principio, los títulos de los capítulos, toda la parafernalia, inventos, etc., están puestos al servicio de observar un mundo y ver como se levanta una civilización. ¿No les recuerda eso a cierta orden religiosa famosa por sus encontronazos con la Iglesia Vaticana? Bermúdez acaba de tomar una nueva ruta, pero sigue fiel a sus propios principios.

En suma, tres Instantes estelares brillantes, como solo una de las mejores plumas del género en nuestro país nos puede ofrecer. Bermúdez nos deleita, nos enriquece y nos divierte y todo ello sin renunciar a ninguno de sus sugerentes postulados básicos tan llenos de actualidad (aunque parezca un contrasentido cuando se está hablando de un autor de Ciencia Ficción) en las postrimerías de este siglo XX, una característica que hace de él un autor particularmente notable.

Si aún no han leído nada del autor, este puede ser un buen comienzo para adentrarse en su obra, a falta de hallar la mayoría de sus novelas, que son absolutamente inencontrables. Si ya conocen sus textos, aquí descubrirán nuevos motivos para esperar con ansiedad sus futuras novelas.

RICARD DE LA CASA.
Septiembre 1993.

DUERME, QUERIDO MONSTRUO

I

UN JUSTO EN EL LIMBO

Ella llegó con el amanecer.

Iván se encontraba sentado junto a una de las grandes ruedas delanteras de su tractor, preparándose un modesto desayuno, cuando le llamó la atención el relámpago verdoso.

Lo había visto muchas veces en la Base, cuando la Máquina tragaba vagones y vagones de trigo, contenedores y contenedores repletos de latas de conservas, recipientes rectangulares de plástico con su carga de paleoniscus vivos, agitándose como una nube plateada en el agua salina...

Pero no tenía por qué haber una Máquina aquí, tan lejos de la Base, y sin instalación alguna de mantenimiento. Probablemente —no se hallaba muy seguro de ello— estaba incluso prohibido, y si lo supieran los grandes señores del Presente, los que con su dinero y poderío mantenían estas granjas alejadas de la civilización, era seguro que se enfadarían mucho.

Iván Martínez se puso en pie. Tocó maquinalmente la pesada pistola que pendía de su cintura, y por si acaso, tomó el rifle láser que siempre se hallaba a su lado.

—Veremos que traes tú dentro... —musitó, en voz baja.

Tras él, y tras el inmóvil tractor (enormes ruedas de caucho negro, esmalte amarillo y rojo en la curvada carena que protegía el motor, manchas de grasa tornasolada en los ejes) se extendía hacia el infinito el campo de trigo. La noche anterior, Iván Martínez había acabado uno de los surcos, de cuatrocientos kilómetros de largo. El campo terminaba aquí, casi en la playa del mar de Thetis (brillaba plateadamente entre matas de licopodios y equisetos, a